

HISTORIA

Biblia y traducción (46): «Les retiras el aliento y perecen»

Por Juan Gabriel López Guix

«Escondes el rostro y se espantan, / les retiras el aliento y perecen / y vuelven al polvo. / Envías tu aliento y los recreas / y renuevas la faz de la tierra» (Biblia del Peregrino). Estos versos (Salmos 104:29-30) describen la dependencia absoluta de todos los animales con respecto a Yahvé. El salmo que los contiene, compuesto en época posexilica (después del siglo VI a. e. c.), es célebre por las comparaciones que se han establecido entre él y el *Himno a Atón*, atribuido a Amenofis IV-Ajenatón (siglo XIV a. e. c.) y descubierto en una tumba de su capital Ajetatón (hoy El Amarna). Ambas composiciones son un canto a la belleza y la diversidad del mundo creado, así como una alabanza a su creador. El himno canta al Disco Solar, cuyos rayos tocan y dan vida a todos los seres vivos; el salmo, al Yahvé soberano, cuya obra invita a la alabanza del Hacedor. No cabe postular en términos textuales una relación de original-traducción tal como se entiende según parámetros modernos; pero el caso es que presentan un asombroso aire de familia basado en un tono, una fraseología y unas imágenes similares. En algunos lugares, los parecidos textuales se acentúan, como en los versículos citados, cuyo «paralelo» ajenatoniano menciona lo vital que es Atón para todas las criaturas terrestres: «Si te alzas, viven; si te pones, mueren. Tú eres la encarnación misma de la vida; gracias a ti se vive» (trad. Jesús López).

Los especialistas debaten la posibilidad de una dependencia del texto hebreo de las ideas egipcias, posiblemente mediante una vía intermedia, y han detectado interesantes rasgos comunes en las llamadas «cartas de Amarna». Esa correspondencia hallada en la localidad homónima reúne varios centenares de tablillas con documentos diplomáticos en acadio de los reinados de Amenofis III y su hijo Ajenatón; entre ellos, cartas enviadas al faraón por señores vasallos de Siria y Palestina. Sin que prueben nada directamente, dichas cartas muestran una amalgama de rasgos egipcios y cananeos, y constituyen un interesante ejemplo de hibridismo cultural. Así, en una misiva que se ha titulado «Himno al faraón» (EA 147), el señor de Tiro, en la costa fenicia, escribe a Ajenatón:

Al rey, mi señor, mi dios, mi Sol: Mensaje de Abimilku, tu siervo. Caigo a los pies del rey, mi señor, siete veces y siete veces. Soy el polvo bajo las sandalias del rey, mi señor. Mi señor es el Sol que se alza sobre todas las tierras día tras día, según el modo (de ser) del Sol, su clemente padre, que da vida con su dulce aliento y regresa con su viento de norte; que establece la paz en toda la tierra, mediante el poder de su brazo; que lanza su grito en el cielo como Baal, y toda la tierra se asusta ante su grito.

[Trad. de la versión inglesa de William L. Moran]

Este fragmento presenta dos rasgos con correlatos en el Salmo 104. Equipara al faraón-dios, hijo del Sol, con Baal, el dios ugarítico de la tormenta y el relámpago (y la fertilidad), hijo de El y Asherá. En el salmo hebreo, sólo hay un dios, intraducible; pero Yahvé, creador del sol (104:19) y a quien la luz «envuelve como un manto» (104:2), posee también los atributos de Baal (104:3-4):

Las nubes te sirven de carroza
y te paseas en las alas del viento.
Los vientos te sirven de mensajeros,
el fuego llameante, de ministro.

El segundo rasgo es la mención al «aliento» del faraón. Ese «dulce aliento» vivificador calca en acadio las palabras egipcias «dulce aliento de vida», que aparece con esa forma y otras variantes en las cartas de Amarna, expresando la idea de que el aliento del faraón-dios es la vida del vasallo-simple mortal. A su vez, el término acadio parece estar debajo del *ruah*, ese «aliento» utilizado en el salmo y en muchos otros lugares de la Biblia (traducido como «viento», «soplo» o «espíritu», con o sin mayúscula).

Según este esquema, la costa fenicia controlada por los faraones habría servido de correa de transmisión para el traslado de textos, rasgos literarios y conceptos egipcios que terminaron adaptándose al contexto levantino; la noción de la vida transmitida por el aliento divino, procedente de la tierra del Nilo, pudo llegar así a través de la servil retórica política de los vasallos de los faraones hasta los paisajes cananeos regados por el dios que cabalgaba sobre las nubes y aclimatarse a un contexto exclusivamente religioso. Y los traslados no acabaron ahí. Según el papiro Ebers, uno de los más antiguos documentos médicos conservados (c. 1550 a. e. c.), el aliento de la vida de Amón entraba por el oído derecho del recién nacido. *Per aurem* concibió María al «Verbo de vida», como cantó el marqués de Santillana:

Virgen, que por el oydo
conceptisti:
Gaude, Virgo, Mater Xristi

Y también en ese caso penetró el Espíritu de Dios por el oído derecho, pues a ese lado de la Virgen es representado el Paráclito en la iconografía de la Anunciación, como se aprecia en el díptico en trampantojo de Van Eyck propiedad del Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)